VI

El hotel Vernier-Mareuil resplandecía en la noche por todos los balcones. En la plaza de Malesherbes una compacta multitud, difícilmente contenida por los guardias, se apiñaba en las inmediaciones de la puerta para ver entrar los carruajes que llevaban á casa del opulento banquero la flor del París elegante, rico y titulado. La fila de las berlinas y de las carretelas iba entrando con solemne lentitud en el patio florido y radiante de luz eléctrica como una apoteosis de comedia de magia. Á los dos lados de la escalinata y bajo una dorada cubierta de cristales, había un lacavo inmóvil con su librea roja, medias de seda y cabello empolvado. En el vestíbulo, los mayordomos, con frac á la francesa, formaban fila delante del guardarropa. Por las losas de mármol pasaba una serie continua de parejas sonrientes y acompasadas, mujeres cubiertas de elegantes salidas de baile, adornadas con flores, y maridos ó padres envueltos en pieles, que se hablaban en medio del ruido incesante de los coches. En la entrada de los salones, en la gran galería donde se encuentran reunidos los más maravillosos lienzos de los pintores modernos y las obras maestras de la escultura contemporánea, Vernier-Mareuil estaba en pie recibiendo á los invitados, y, á tres pasos de él, Emmelina hablaba con el barón Templier y se dirigía á los recién llegados con un aire de superioridad que acentuaba la distancia que la separaba de su marido. Vernier, sin embargo, al ver á un viejo cubierto de cordones y de placas, que se acercaba, se volvió hacia su mujer con aire de autoridad y dijo:

— Emmelina, su excelencia el embajador de los Países Bajos...

La señora de Vernier se adelantó con gracia á saludar al personaje oficial, y el joven barón aprovechó la oportunidad para entrar en los salones y acercarse á un grupo compuesto de los inseparables Vertemousse, Clamirón, Fabreguier y Longín.

- ¡ Por fin! ¡ Templier! ¿ Se ha escapado usted del ama de la casa? Le tenía á usted bien agarrado hace un instante...
- Para todo hay tiempo, dijo el joven barón con naturalidad. Estoy harto del plantón de la puerta y quiero distraerme un rato con ustedes... Vernier-Mareuil anda á vueltas con el cuerpo diplomático y su mujer está haciendo reverencias á un señor viejo cubierto con una importante quincallería... Yo me he escurrido...; Qué hacéis aquí?
- ¡ Aburrirnos soberanamente! dijo con voz ronca Vertemousse. ¿ Si nos fuéramos á casa de Maxim?
- ¿ Y qué vais á hacer en casa de Maxim á las diez de la noche? No habrá un alma.
- Podremos sentarnos durante dos horas y siempre será una ventaja. Se aburre uno, realmente, en estas fiestas familiares y soporíferas...; Venís, hijos míos?
- ¿ Y qué va á decir Cristián si no os ve en esta noche de su contrato?

Los cuatro compañeros cambiaron una mirada alarmada, pero no respondieron. Habían ido á casa de Vernier fanto para saber noticias como para hacer acto de presencia, pero no se encontraban á gusto en aquella fiesta, en la que los invitados, acompasados y ceremoniosos, seguían afluyendo, y en la que Cristián, que era el protagonista, no había parecido todavía. La fiesta llegaba á su esplendor y Genoveva Harvay, sentada en el salón al lado de su madre, acogía con dulce y modesta sonrisa los cumplimientos lisonjeros de todo el mundo. Pero su cara estaba ensombrecida por una expresión de inquietud. Iba á casarse con el hijo único de la poderosa casa Vernier-Mareuil; todas envidiaban su suerte, y, sin embargo, estaba triste. Cristián no había parecido en todo el día por casa de su padre, y Vernier, muy alarmado, ocultaba sus aprensiones bajo un aire de satisfacción. Todos los miembros de la familia se esforzaban por sonreir, pero todos temblaban como amenazados por una desgracia. El coro de las madres despechadas mordía entre tanto á su placer á la prometida de Cristián.

— La pequeña Harvay realiza un hermoso sueño... ¡Pero qué riesgos corre! Ha sido precisa la triste situación del padre para que se decida á ser mujer de ese loco furioso de Cristián...

— Dicen que se ha corregido completamente.

— ¡Bah! ¿Quién puede responder del porvenir? Tiene muy malas compañías... ¿Qué quiere usted que haga un muchacho en medio de los Vertemousse y de los Clamirón? Ya le arrastrarán de nuevo...

- Sí, pero...; Es tan rico Vernier!

— Cuarenta millones... y el Cordon amarillo, que produce millón y medio de beneficios todos los años...

- Lo que no quita que haya corrido sucias aventu-

ras al principio de su vida. Se habla de una condena en policía correccional por falsificación. Parece que fabricaba no sé qué horrible mezcolanza con sulfitartratos y ácidos sulfúricos. Si se buscara en la prefectura de policía se encontrarían curiosos antecedentes suyos.

— Lo mismo pasa con todas las grandes fortunas... De otro modo no es posible... No se llega á ser muy rico sin cometer grandes infamias... Yo, aseguro á usted que retrocedería ante una alianza con los Vernier-Mareuil.

— Lo que no le impide á usted traer á esta casa á su encantadora hija...

- Viene todo París...

— Y se pueden encontrar otros jóvenes casaderos, además del hijo de la casa...

— La verdad es que los Harvay sacrifican innoblemente su hija á la ambición...

— Vernier ha salvado á Harvay de la quiebra...

- No es fea, la pequeña Genoveva...

- Tiene el aire un poco de palomino atontado...

— Es lo que hace falta para vivir con un malvado como Cristián...

La conversación fué interrumpida por la entrada en el salón de la señora de Vernier, la cual atravesó graciosa y sonriente el grupo de invitados que obstruían el paso, se acercó al círculo en que estaba el barón Templier y le llamó con un movimiento del abanico. El joven se acercó presuroso y dijo saludando:

- ¿ Qué hay? ¿ Me necesita usted?

— Sí; mi marido y yo estamos inquietos. Son las once y Cristián no ha vuelto á casa. ¿Qué hace?¿Dónde está?¡Cuando su presencia es aquí necesaria!...

- ¿ Quiere usted que suba á sus habitaciones y me, informe?...

— Se lo agradeceré à usted. Su padre no puede abandonar su sitio... Està recibiendo à los invitados y sufriendo un verdadero suplicio... Haga usted lo necesario... En usted confío.

- Cuente usted conmigo...
- Y sobre todo ; silencio!
- Naturalmente.

El barón saludó, atravesó el salón y salió por una puerta que conducía al interior del hotel. Subió una ancha escalera de cinco escalones y entró en una antecámara en cuya banqueta esperaba un criado, que se levantó precipitadamente al ver á Templier.

— ¿ No ha vuelto todavía el señorito Cristián, Edmundo? preguntó el barón.

— No, señor barón... Le estoy esperando... El señor barón debe comprender qué inquieto estoy... En un día como este...

- ¿Dónde cree usted que puede estar?

El criado bajó la cabeza con desanimación.

- El señorito salió esta mañana á las doce menos cuarto con el señor Clamirón. Iba á almorzar con sus amigos. Al ver que no había vuelto á la hora de comer, fuí á informarme al restaurant, por orden de la señora, y supe...
 - Y bien, acabe usted...
- Supe que, á eso de las cuatro, el señorito había sido conducido por Etiennette Dhoriel en su coche...
- ¡Etiennette! Había prometido, sin embargo, estarse tranquila... Se le ha pagado bastante para eso...
- ¡ Ah, señor barón! ¡No se deja tan fácilmente un amante como el señorito Cristián! Se le ha llevado á su casa y estoy seguro de que allí sigue.

— ¡Esto sí que es fuerte! gruñó Templier. ¡La muy bribona! ¡Tendrá que habérselas conmigo! Voy á su casa... El barón no tuvo tiempo de decir más, porque se oyó el ruido de una puerta y el de unos pasos pesados y aquel á quien se espéraba con tanta impaciencia se presentó vacilante y deshecho. Llevaba una pelliza desabrochada que dejaba ver la jaquette toda arrugada y la corbata descompuesta, como si hubiera dormido vestido. El sombrero, encasquetado en la coronilla, dejaba ver á la luz blanca de la electricidad, una cara lívida jaspeada de manchas rojizas, con ojos vacilantes y sin mirada y labios nerviosamente contraídos, á pesar de lo cual conservaba todavía el encanto de la elegancia y la seducción de la juventud. Arrojó el sombrero sin saber dónde, dejó caer al suelo el gabán de pieles, prontamente recogido por el criado, y dijo con voz burlona:

— ¡Oh!¡Es el señor de Templier!¿ Qué buen viento te trae, querido?... Edmundo, cigarros y te con ron... Tengo sed.

El barón le cogió por el brazo con un brusco ademán que le hizo tambalearse.

- Cristián, ¿pero no sabes realmente lo que haces? ¿De dónde vienes? ¿En qué estás pensando? ¡Cómo! ¡Después de todas tus promesas! ¿Olvidas que la casa está llena y que la recepción es en tu honor?
- ¡Ah! ¿Por eso había tanta gente en la plaza cuando ha llegado mi coche?¡Qué canalla!¡Hasta creo que me han dado una grita! El cochero me ha entrado por el patio de las cocheras... ¿Qué viene á hacer á casa toda esa muchedumbre?
- ¡ Pero, insensato! ¿No eres ya capaz de razonar?
 Estoy lúcido hasta más no poder... Pero no sé por

qué hay aquí tanta gente esta noche... Oye, nos vamos à aburrir... He hecho mal en volver... Vámonos al baile de la Öpera... Allí encontraremos à Clamirón, à Vertemousse y à Longín... Pasaremos la noche juntos...

- Tus amigos están aquí, esperándote...

— Diles que vengan. Nos encerraremos para huir de los posmas...

EL VENDEDOR DE VENENO

— Y mañana todo París sabrá que la fiesta dada en honor de tu matrimonio no faltaba nadie más que tú... Tu padre quedará en ridículo, y tu novia será insultada por la hipócrita lástima de los envidiosos... ¿ Es eso lo que quieres?

- Lo que quiero es que me dejen en paz.

Hizo un gesto de indiferencia y se entró en su cuarto don de se dejó caer en un profundo sillón. Suspiró con beatitud, cerró los ojos y pareció dispuesto á dormirse. Templier contempló un instante con dolorosa emoción á aquel guapo muchacho de veintiséis años, de facciones finas y esbelto talle, extendido inerte, sin mirada y sin pensamiento, como un verdadero bruto. No quiso darse por vencido y cogiéndole la mano le sacudió para ver si podía animar aquel cuerpo paralizado por la embriaguez.

— Vamos á ver, Cristián, óyeme... Sabes que yo te quiero... No me des el disgusto de no intentar un esfuerzo para complacerme. Todos nuestros amigos están abajo. París entero se ha dado cita aquí para verte y cumplimentarte... Es inadmisible que no bajes... Tu madrastra está desesperada y me ha enviado á buscarte...; Cristián! ¿ Me oyes?

— Te oigo bien, dijo el joven abriendo los ojos y echando á su amigo una mirada burlona... Me estás echando una reprimenda en nombre de la señora de Vernier...; Valiente tupé!

- ; Cristián !...

— Ya sabes que en mis momentos de franqueza digo todo·lo que pienso... Amigo mío, haces mal de abusar de que eres el amante de mi madrastra para predicarme moral... Yo no te pido que respetes la casa de mi padre... ¿ Por qué has de ser tú más realista que el rey?...

Al decir esto se levantó y su cara tomó de repente una expresión de dolorosa dignidad.

- Somos unas lindas muestras de la educación moderna, querido barón, y no se pagarían muy caras nuestras conciencias si se las examinase á fondo. Yo soy un perdido que bebe como un cochero de punto... : Es tan bueno beber y olvidar el vacío y la inutilidad de una vida ociosa!... Sí, ya sé lo que vas á decirme; que soy el hijo de Vernier, inmensamente rico, y que no sé siguiera comerme decentemente la fortuna de mi padre... Pero ¿ y tú, barón, qué es lo que eres? Un lindo joven que vive en casa del hombre cuya mujer ha seducido. Se dice que el marido te asocia á sus especulaciones y aumenta así tus ingresos... De este modo pagas las liberalidades del uno con amabilidades con la otra...; Bonito y lucrativo oficio!... Pero tú no bebes y sabes conservar la razón para dirigir tus negocios... Somos tal para cual... Pero á mí mis defectos me cuestan el dinero, mientras que á ti te lo producen...

— ¡ Desgraciado! exclamó Templier con un ademán terrible para echarse sobre Cristián.

Pero se calmó en seguida y murmuró:

— ¡ No sabe lo que dice! Mañana lo habrá olvidado todo...

Se inclinó hacia su amigo, que había vuelto á caer en el sillón, medio dormido, y dijo examinándole con cuidado:

— No podré ponerle en pie à tiempo para que baje al salón...; Qué hacer?...

Abrió la puerta del vestíbulo y dijo en voz baja:

- Edmundo, baje usted v prevenga al señor Vernier

que es urgente que suba... Tráigase también al doctor Ángogne... No pierda usted un instante.

- Está bien, señor barón. Voy corriendo.

El barón se quedó esperando apoyado en la chimenea. Á lo lejos se oían los ecos de la música, que formaban un lúgubre contraste con la inercia de aquel desgraciado que alentaba penosamente. En la antecámara se oyó la voz breve y un poco ruda del banquero, que entró precediendo al doctor.

Templier les mostró Cristián con un ademán desolado y después de saludar al médico, dijo:

- Me voy á advertir á la señora de Vernier que está usted al lado de su hijo.

- Sí, vaya usted, querido barón.

El padre se volvió hacia Angogne y con la boca crispada de dolorosa angustia le dijo:

— ¡ Vea usted, amigo mío! ¡ Vea usted á dónde ha caído este desgraciado!

El doctor movió tristemente la cabeza, cogió la mano de Cristián, le tomó el pulso y dijo al criado:

— Agua y una toalla...

Después empapó la toalla y frotó con ella las sienes del joven. Cristián dió un hondo suspiro y se estiró, como si sintiera una impresión de alivio.

— ¿ Tienenustedes botiquín? dijo el doctor. Necesitaría un álcali, un vaso y una cuchara...

El criado trajo prontamente todo lo pedido y el doctor echó en el vaso agua y unas gotas de álcali, cogió una cucharada é, introduciéndola entre los labios de Cristián, le obligó á beber como á un niño. El joven hizo un gesto de disgusto, abrió los ojos y reconoció á su padre y al doctor. En su cara apareció una sonrisa y balbució:

- ¡ Ah! ¿ Es usted, doctor? Debí figurármelo por

· el mal gusto de lo que me ha hecho usted tragar.

— Entonces, otra cucharada, puesto que estamos en ello, dijo el médico introduciendo de nuevo el medicamento en la boca de Cristián.

Las mejillas del enfermo se tiñeron de un leve color. Su cerebro pareció iluminarse y el joven hizo un movimiento para incorporarse, pero el médico se opuso.

- Estese usted ahí y no se mueva todavía.

En la frente de Cristián se marcó una arruga. Acababa de ver que su padre se dirigía hacia él. Vernier no hablaba todavía, pero su cara expresaba tal cólera, que el joven murmuró con irónica inquietud:

— ¡ Ah! No tiene trazas de estar contento el señor Vernier-Mareuil...

El padre crispó las manos, pero, contenido por una enérgica mirada del doctor, no respondió. Cristián, sin embargo, como excitado por una irresistible necesidad de irritar á aquel padre á quien era tan difícil la paciencia, continuó en tono burlón:

— Tranquilizate, no te he sido infiel. No ha sido con los productos de tus rivales con lo que me he achispado...

— ¡ Oh! ¡ Esto es demasiado! exclamó Vernier lanzándose hacia su hijo. ¡ Infame! ¿ Es él quien se atreve á hablarme así? ¡ Á mí!... ¡ Á mí!... ¿ Qué he hecho yo para esto? Y se quedó mudo, con la cara congestionada y las mejillas llenas de lágrimas.

— ¿ Qué has hecho? continuó Christián con una lucidez cada vez mayor. ¡ Pardiez! Has hecho tu licor de gran marca, el Vernier-Marcuil Cordón amarillo... Eso es lo que has hecho... No hace falta más para ganar una gran fortuna envenenando á la humanidad... ¡ Te quejas de que yo lo beba!... Y tú ¿ por qué lo fabricas? ¿ Para los que no conoces y cuyas borracheras no

ves?... Yo hago lo mismo que ellos; ¿ qué tienes que decir? Eres vendedor de veneno; no te quejes de que se beba.

- ¡ Miserable! exclamó el padre, lleno de horror ante aquellas espantosas palabras. ¿ No te he educado con el ejemplo de la sobriedad ante los ojos?
- Sí, hay que hacerte era justicia; solamente en tu casa no se encuentran tus licores...

El doctor cogió á Vernier por un brazo y se le llevó al otro extremo de la habitación.

— No le conteste usted. No es responsable de sus palabras. Se encuentra en un estado de semilucidez en el que sigue sus ideas sin darse cuenta de su alcance. Dentro de unos instantes, cuando haya recobrado la razón, se avergonzará de lo que ha dicho, si lo recuerda. No le necesito á usted aquí. Vuélvase á bajar y le llevaré á Cristián en seguida. Cuente usted lo que quiera para explicar su retraso... Le respondo á usted de que estará en los salones dentro de una hora.

- Gracias... Obedezco.

El padre ahogó un profundo suspiro, echó á su hijo una mirada de desolación y se marchó. El doctor se sentó al lado del enfermo, á quien había visto nacer, y se puso á pensar en las fatalidades de la vida que habían dado por hijo aquel joven débil, inconsciente y voluptuoso al rudo. laborioso y tenaz Vernier, como si el destino se complaciese en derrumbar el edificio de las ambiciones humanas...

El doctor miraba dormir á Cristián y seguía en su fisonomía los progresos de la pacificación del sistema nervioso. El reloj dió la una de la madrugada, y como si la vibrante campana hubiera despertado el pensamiento del enfermo, Cristián lanzó un suspiro y abrió los ojos, cuya mirada era ya clara é inteligente. Se es-

tiró sin levantarse, como si se encontrase bien en aquella butaca, y dijo con voz tranquila, como si ya no se acordase de la espantosa escena que acababa de ocurrir con su padre:

— ¡ Calla! ¡ Es este buen doctor!... ¡ Ah! ¡ Bien he necesitado de su socorro de usted!

Y paseó con expresión doliente la cabeza por el respaldo del sillón.

— He vuelto á hacer alguna tontería y ha venido usted á curarme...

El médico le hizo señal de que no hablase y le dijo:

- Beba usted esto y después hablaremos.

Cristián tomó la medicina con la facilidad de un niño y solamente entonces pareció recordar vagamente:

- ¿ No estaba aquí mi padre hace un momento?
- Sí; ha ido á reunirse con sus invitados.
- ¿ No le he dirigido palabras malsonantes?

- No pensemos en eso, dijo el doctor con autoridad, sino en cosas más importantes. Su padre de usted sabe la importancia que hay que dar á la sinrazón de usted, pero los extraños no están obligados á la misma indulgencia. Ahora bien, en este momento la casa está llena de invitados que han venido á la fiesta dada con motivo de su boda de usted. Hace dos horas que se le espera y se le busca y ya los comentarios empiezan á volar. Es, pues, indispensable que aparezca usted sin más tardanza. Me he comprometido con su padre á poner á usted en estado de afrontar las miradas y esto es tan sólo lo que hay que procurar, ¿ entiende usted, Cristián? á fin de que mañana los periódicos no cuenten que mientras su prometida le esperaba á usted, rodeada de las dos familias y de todos sus amigos, usted estaba incapaz de dejarse ver, aniquilado por la embriaguez...